

ESTUDIOS FILOSÓFICOS



Aproximaciones a un mundo
mortalmente enfermo.
Sintomatología clínica (I)

*Aproximaciones a un mundo
mortalmente enfermo.
O nos salvamos todos
o todos perecemos (II)*

Diego Abad de Santillán (1897-1983) es uno de los teóricos e historiadores más importantes del anarquismo español, además de un destacado personaje del mismo y del argentino. (La amapola Libertaria)

Aproximaciones a un mundo mortalmente enfermo. Sintomatología clínica (I)

La observación, el estudio, la comprensión de las anomalías individuales y sociales que ponen en peligro la subsistencia de la vida humana, de la vida animal, de la vida vegetal, están al alcance de todos los que tienen ojos para ver y un mínimo, por lo menos, de capacidad mental para comprender.

En el transcurso de los milenios se han padecido muchos males, todos los males imaginables, la guerra, las pestes, el hambre, los cataclismos de toda naturaleza; no hay desastre que no haya conocido la especie humana, y que no lo haya sufrido, y sin embargo los peligros fueron sorteados y los escollos superados por la inteligencia despierta, por el instinto de conservación, por el azar mismo, por las causas que se quiera; pero la verdad es que hemos sobrevivido como especie, cuando muchas otras, menos aptas, con menos recursos, con menos capacidad, han desaparecido y apenas nos da cuenta de ellas la Paleontología, los análisis de los suelos. Explíquese como se quiera y como se pueda ese fenómeno de la supervivencia del hombre en condiciones tan hostiles, pero en la medida relativa en que podemos hacer comparaciones, revivir pasados de tinieblas, de luto, de sangre, de inseguridad, de peligros, nunca se ha visto a la especie humana encaminarse tan torpemente a su ocaso, sin inquietud, sin desasosiego ante un mañana que nos acecha cada día más palpablemente, sin noción alguna del peligro, de la catástrofe, de la nada que se nos viene encima. Y esto justamente en una etapa de nuestro desarrollo en que la capacidad

humana casi se equipara con la omnipotencia con que todas las religiones han ornamentado a los dioses.

Hemos llegado a un punto en que la palabra imposible, el no más allá, no tiene vigencia. Eso quiere decir que podemos salvarnos, que podemos sobrevivir con sólo abrir los ojos y ver y captar todo lo que ocurre a nuestro alrededor, de cerca o de lejos. ¿Por qué no lo hacemos?

Entre las grandes invenciones de que hemos sido capaces, podemos enumerar el alcohol, las drogas paradisíacas, la comunicación social, y esos factores en acción nos explican por qué avanzamos con los ojos cerrados y serenos hacia el abismo, sin más pasión que la de los deportes de moda, la violencia y el terror y la transfiguración física y mental por las propagandas de todos los medios de comunicación, la prensa, la radio, la televisión.

Reunamos unas cuantas observaciones sobre este paraíso terrestre al que nos han llevado, pensando que lo hacían en su provecho, los que tenían las riendas para hacer posible esa trayectoria, los que tenían la sartén por el mango, y esas pocas referencias pueden servirnos para encontrar una salida, para aferrarnos a un ancla salvadora, una gran revolución ética que renueve y fortalezca aquella gran revolución iniciada hace dos mil años y que pregonaba con la palabra y el ejemplo aquello de obrar en relación con los demás, con el prójimo, como quisiéramos que el prójimo obrase con respecto a nosotros mismos.

Por haber olvidado o desfigurado ese grande y sano principio de convivencia, llegamos al extremo de tener en el hombre el mayor enemigo del hombre, el máximo homicida.

Diluvio demográfico

En muchos aspectos, en todo, el mundo en que vivimos ofrece modalidades, características, estructuras y formas y normas que no tienen comparación con el que nosotros mismos hemos vivido algunos decenios atrás, con el que vivieron nuestros padres tan sólo hace un siglo, medio siglo atrás. Ante todo hemos presenciado un diluvio demográfico, una erupción monstruosa de nuevos seres humanos, todos con exigencias cotidianas de alimento, de vestido, de vivienda, de instrucción, en todos los niveles. El ritmo de ese crecimiento demográfico no es hoy el mismo de ayer. Tomando como punto de partida la era cristiana, para duplicar el número de seres entonces existentes sobre la tierra hicieron falta dieciséis siglos. Sumábamos el año 1800,

y hasta 1850, apenas mil millones; pero apenas ochenta años más tarde, al finalizar el primer tercio del siglo XIX, éramos ya dos mil millones, y en 1950 alcanzábamos los tres mil millones, y no pasaron treinta años desde 1950 y la especie humana suma en los diversos continentes cuatro mil millones. Para el año 2000, que llama ya a la puerta, las estadísticas nos ofrecerán alrededor de los siete mil quinientos millones de habitantes. En promedio, la población se duplica en sólo treinta o treinta y cinco años, en unos pocos menos años entre los que vegetan en condiciones miserables e inseguras y en un plazo un poco mayor entre los que disfrutaban de un relativo bienestar. De los cuatro mil millones que deambulamos o vegetamos hoy sobre la corteza terrestre, un millar de millones, un millar y medio de millones, sobreviven en condiciones de desnutrición, de desamparo material, sin perspectivas de desarrollo, sin pan y sin abrigo suficientes para una vida sana, tolerable. La pobreza, la subalimentación, la falta de toda higiene, la inseguridad, la ignorancia, ponen en peligro la subsistencia de millones y millones del llamado *homo sapiens*. Quinientos millones de niños mueren en el mundo prematuramente por falta de alimento, por enfermedades carenciales y otras, por falta de higiene y de una mínima atención sanitaria.

Los problemas de la explosión demográfica irrumpen de modo permanente y no hay genios de la vida política, de la economía, de las finanzas, que se atrevan a encontrar y a señalar los medios para que mil millones de hombres, mujeres y niños puedan sobrevivir, en las condiciones actuales, porque la imaginación no alcanza a prever lo que ocurrirá tan sólo en los primeros tres o cuatro decenios del siglo XXI, cuando la población humana haya llegado a los ocho mil millones. Y sobrevivir no es todo, porque la humanidad necesita, como algo esencial y vital, además, la convivencia, el contacto de todos, de aspiraciones, de esperanzas y de luchas por un mundo mejor. Sin esa convivencia, sin esa comunidad, sin ese clima moral y social y material, la supervivencia pierde sentido y no ofrece motivos de actuación ni cimientos para la esperanza. El panorama que presenciamos en las postrimerías del siglo XX, no se habría podido imaginar siquiera por nuestros antecesores del siglo XVIII, y quizá tampoco por los del siglo XIX, cuando un Malthus se alarmaba en vista del aumento de la población sin coincidencia con el aumento de los medios alimenticios.

Aglomeraciones monstruosas

Tan sólo a comienzo de nuestro siglo XX, había en todo el mundo apenas diez ciudades con cerca de un millón de habitantes cada una. El panorama ha cambiado en proporciones inimaginables. En 1955 las ciudades de más de un millón de habitantes pasaban de cien; pero eso no dice bastante; las pocas ciudades de un millón de seres de comienzo del siglo, no solían sobrepasar esa cifra más que en escasos centenares de millares. La gran parte de esas ciudades millonarias de 1955-1965 son Megalópolis de ocho, de diez, de quince y más millones de seres; aglomeraciones monstruosas, realmente monstruosas; las hemos visto crecer a una velocidad de vértigo y por eso es de suponer su estructura. En algunos aspectos hubo una mejora para los recién llegados de las zonas paupérrimas del interior, pero en general se ofreció el espectáculo de barrios internos o aledaños con masas crecientes de infraalimentados, de mal vestidos, de pésimamente alojados, con focos de contaminación morbosa. Eso desde el punto de vista material, porque, además, las Megalópolis modernas son factores activos de deshumanización, de insolidaridad entre sus componentes. Esas grandes ciudades no unen, no amalgaman a los que las habitan, sino que los desunen, los desintegran, los vuelven fríos e indiferentes los unos con respecto a los otros, en la misma urbe, en el mismo barrio, en la misma vivienda.

En Oceanía y Australia, las tres cuartas partes de la población vive ya en ciudades más o menos populosas; en Europa y América, incluyendo la URSS, vive en las grandes urbes crecientes la mitad de la población; en Africa y Asia, una quinta parte. Se calcula por algunos investigadores que, a finales de nuestro siglo, las dos terceras partes de la población de los países llamados desarrollados, residirán en las ciudades, en las ciudades en permanente crecimiento, en las que se anula el sentido fraterno de la convivencia, sin más escapatorias que las que ofrecen efímeramente los medios de comunicación para exaltar las virtudes del deporte y de los deportistas, o las excelencias de las figuras políticas dominantes, a las que por esos medios de comunicación se puede convertir en algo como semidioses, con todas las virtudes y todas las cualidades imaginables. Los romanos, en su declinación, inventaron aquella práctica del pan y del circo para contar con el apoyo y la adhesión de las grandes masas de la capital del imperio; hemos progresado, sin duda alguna, pues hoy tenemos que contentarnos con el circo solamente, sin el pan.

Los gastos militares

Otro rasgo distintivo de nuestro mundo es el aumento monstruoso de los gastos militares, en preparación para la tercera hecatombe mundial, que será la última. Hemos sido testigos de dos de esos desastres, el primero en 1914-1918, el segundo en 1939-1945. A pesar de la magnitud de esas tragedias y de su alto costo en vidas y en bienes, no tienen comparación con lo que es fácil de prever en la tercera de esas explosiones en puertas. No hace falta ser profeta, superdotado, para anticipar de lo que será el fruto de la nueva conflagración, en la que se jugará el destino de la humanidad para mucho tiempo o para siempre. La arqueología nos muestra vestigios de viejas civilizaciones y pueblos que han desaparecido, por la causa que sea; la paleontología exhibe indicios de las especies animales que pasaron para no volver a testimoniar su presencia. ¿Por qué podemos imaginar siquiera que lo que hoy existe como humanidad, con todos sus adelantos científicos, tecnológicos y demás, no ha de desaparecer, como Nínive y Babilonia, como Sodoma o Gomorra? Ahora no hacen falta descalabros de origen natural; el hombre está en condiciones y puede disponer de elementos, y dispone de ellos efectivamente, para superar en esa obra de destrucción a la naturaleza con sus terremotos y catástrofes meteorológicas.

Se ha calculado que el mundo civilizado gasta todos los años en armamentos y en preparación para la guerra química, física, biológica, más de 400.000 millones de dólares, una cifra que no está por su magnitud al alcance de la imaginación de los más; 400.000 millones son cifras astronómicas. Quizá se pueda tener una idea más concreta si decimos que trabajan hoy en la industria bélica alrededor de 52 millones de obreros, empleados, técnicos y científicos, una cifra que tan sólo unos pocos decenios atrás, habría sido calificada de locura y no se habría podido concebir.

No todos los que viven en la fiebre suicida de la carrera armamentista dan a conocer las cifras de los gastos que esa locura exige, gastos que a la larga, y también a la corta, repercuten en el destino del hombre antes de la guerra, antes de la puesta en acción de esos elementos cada día más destructores, pues después del conflicto no caben las profecías, profecías que están hoy al alcance hasta de los menos capaces de pensar y de prever.

En 1978 se aprobó en Washington el presupuesto para la defensa nacional por las dos Cámaras del Congreso norteamericano: un total

de 117.500 millones de dólares, son cifras que no caben en la capacidad de comprensión de la mayor parte de los mortales, analfabetos o cultos. Y hay que advertir que en las cifras de ese presupuesto fue suprimida una partida de mil millones de dólares para la construcción de un nuevo portaviones nuclear, a la que se opuso el presidente Carter, el cual sostiene que la Armada norteamericana debe concentrarse en buques más ligeros y pequeños portadores de misiles, en lugar de los grandes portaviones, más vulnerables a los ataques enemigos. Tampoco se dio entrada a cifras para la fabricación de las bombas de neutrones, hoy por hoy una perspectiva de ventaja contra el predominio de las armas ofensivas soviéticas, la aviación, la infantería blindada, es decir los tanques, y también la profusión de unidades de la marina en todos los mares. Los hombres del Kremlin se oponen a la fabricación de la bomba de neutrones por los norteamericanos debido a que no disponen de medidas eficientes contra ella, al menos hasta que sus hombres de ciencia y sus técnicos puedan llegar a ese instrumento infernal y decisivo o a algún otro medio para contrarrestar sus efectos destructores de toda forma de vida.

Hay otra cara del negocio de la preparación para la tercera guerra mundial, cuyos dos centros de iniciativa son, por un lado, los representantes del imperialismo del dólar y, por otro lado, los del imperialismo del rublo. Esa otra cara consiste en la venta de armas a los países de menor capacidad productiva de las mismas, armas que pierden vigencia a los pocos años y que solamente resultan eficaces en su empleo por los países menos desarrollados para dirimir con ellas las contiendas internas y las eventuales con sus vecinos. Sólo los Estados Unidos vendieron armas y equipos bélicos al exterior por más de 11.000 millones de dólares, en 1977; las cifras alcanzaron a 13.300 millones de la misma moneda, en el año fiscal de 1978. Es un buen negocio para recuperar parte de las cantidades empleadas en producciones bélicas ya extemporáneas, anticuadas. Pero la misma política emplean todas las potencias industriales de un lado y del otro de la cortina de hierro. Para Francia, la venta de armamento de toda clase a los africanos, a los asiáticos, a los hispanoamericanos, es algo vital para su prosperidad económica. No todos los que participan en la fiebre homicida nos dan a conocer los gastos que esa locura requiere antes de la guerra, pues con respecto a lo que resultará después de la misma sobran todos los datos.

Los Estados Unidos contaban a fines de agosto de 1978 con 2.062.000 hombres en su ejército de tierra, de mar y de aire. ¿Para

asegurar la paz, o para la guerra que viene? Se descompone esa cifra así: 770.553 hombres para el ejército de tierra; 529.974 oficiales y marinos para la armada; 571.271 aviadores; 190.273 fusileros para la infantería de marina. Los efectivos incluyen el personal militar en servicio activo o de reserva en servicio permanente, así como los cadetes de todas las escuelas militares.

Lo que ocurre en la URSS supera con creces esas cifras; y los países que, de un modo u otro, figuran en el elenco de los que han de entrar en fuego o soportar el fuego en la próxima hecatombe, mantienen igualmente fuerzas de tierra, de aire y de mar, muy importantes y sobre todo muy costosas.

En octubre de 1967 ingresó en la Academia de Ciencias de Buenos Aires René G. Favaloro, una de las figuras mundiales de primera fila en la cirugía vascular; en ese acto destacó el aspecto ético y humanista que corresponde a la medicina, sobre lo cual citó textos del gran histólogo Ramón y Cajal; pero no pasó por alto la situación alarmante de por lo menos un cuarenta por ciento de los investigadores científicos y tecnológicos absorbidos y consagrados a tareas de naturaleza bélica, sin contar lo que esa transferencia de la capacidad científica para preparar la guerra cuesta en miles de millones a los pueblos.

El Club de Roma

No se trata de un pequeño cenáculo de barrio en el que unos cuantos amigos y contertulios se reúnen para discutir y comentar los sucesos cotidianos y, a veces, un poco los que están más allá de la cotidianidad, y todo ello al amparo de una cierta identificación clasista, de pertenecientes a una clase económica y social o a un credo religioso o político; se trata de la reunión de expertos, de especialistas en patología económica y social, todos o casi todos de una jerarquía nada común. Lo mismo que en medicina se nos ofrece la mano amiga del curandero, del médico común, del especialista, del investigador, en el tratamiento de los males sociales tropezamos con una gama infinita de Galenos, desde la esfera de los mitos y los milagros, a los de la acción e intervención de los cerebros más luminosos y responsables. Desde hace una decena de años, el Club de Roma está elevando la voz, agudizando el tono, presentando las realidades y las perspectivas de un mundo enfermo, mortalmente enfermo y sugiriendo alguna terapéutica salvadora. Se trata de hombres importantes, algunos muy importantes en la industria, en la cátedra, en la política, en la banca y se reúnen para exponer cada cual sus estudios, sus investigaciones,

sus modos de ver y de sentir. Se trata de un encuentro de hombres que testimonian en ese foro su saber positivo o su presentimiento de lo que viene, de los peligros que nos amenazan si no tomamos tal o cual rumbo, tal o cual remedio. Una de las voces de ese concilio suele ser la de Aurelio Peccei, un hombre que tiene alguna gravitación en el mundo de los grandes empresarios. A mediados de 1978, Peccei se preguntaba en una serena exposición ante filósofos, economistas, juristas, sociólogos, si es o no verdad que nos acercamos a un mañana apocalíptico como coronación de los desencuentros de cada día, identificables, y si no nos estamos acercando a un desastre ineludible si no reaccionamos a tiempo, y ese tiempo no se nos da con generosidad. Dijo Peccei en el Club de Roma: «Dentro de treinta o cuarenta años no existirán más forestas, indispensables para la vida animal y vegetal y para el equilibrio atmosférico. Cada año el hombre quema o abate bosques en una superficie parangonable a las de Dinamarca, Bélgica y Holanda sumadas. En el mismo momento en que el hombre ha impuesto su dominio absoluto sobre el planeta y se ha dotado de medios como para poder ser dueño de su destino, los peligros que le amenazan se han convertido en peligros globales y pueden conducir al eclipse definitivo de la especie. Peligros que van desde la superpoblación del globo al creciente desnivel entre países pobres y ricos, a la carrera armamentista, al creciente empobrecimiento de los recursos: energía, suelos fértiles, biomasa».

Se han operado en el mundo cambios que no podían imaginarse siquiera y, en algunos aspectos, los cambios se hicieron en el sentido de una vuelta atrás, como en eso de los Estados nacionales soberanos e intangibles. Los ecólogos se refieren con alarma a la crisis y al agotamiento de los recursos naturales, aludiendo a la tierra productiva que se pierde, que decrece, que disminuye y se deteriora por la deforestación, por el cultivo excesivo de pastos, por la erosión, el abandono de tierras, la obstrucción de los sistemas de irrigación y de reservorios de aguas, todo ello sumado a los fenómenos meteorológicos naturales, las sequías e inundaciones que destruyen los recursos de la tierra de que se dispone y convierten los problemas transitorios en desastres definitivos.

No sólo hay que tener presente esos estragos, sino que es preciso luchar contra ellos, único modo de hacer frente al hambre, que es ya una realidad y que será mucho más devastadora en los tiempos que llegan.

De todo esto se habló ya elocuentemente, en las Naciones Unidas, o Desunidas, sobre todo en la Conferencia de Estocolmo en 1972. La pérdida o la reducción de los suelos productivos fueron señaladas como uno de los problemas básicos de esta hora, en los países desarrollados y en los que se encuentran en vía de desarrollo, porque es evidente que o bien se intensifica la producción alimenticia, o la población en constante crecimiento va camino de su catástrofe por la desnutrición creciente. El desierto avanza en todos los climas, y una de las causas de esa desertización, una de las causas, es el pastoreo excesivo. La supervivencia de la humanidad dependerá de lo que se haga o deje de hacerse en su defensa, por los propios pueblos y por sus gobiernos.

La destrucción de la vida en los mares

Ante el panorama nada alentador de la tierra en desgaste permanente, con la destrucción de su fauna y de su flora, con la devastación de sus bosques, con la contaminación de la atmósfera, la erosión, etc., quedaba el recurso y la esperanza de los océanos, la riqueza ictícola de los mares, de su plancton; pero en lo que llevamos del siglo xx ha desaparecido de las aguas oceánicas más de un millón de especies y se ve aproximarse, cada día más, el fin de otras que todavía sobreviven. Las ballenas pueden quedar pronto en el recuerdo a través de las fotografías y de las pinturas, lo mismo que las focas. Por el camino que vamos, los mares dejarán de ser una esperanza y una seguridad para la nutrición del hombre. Las aguas ocupan más del 70 % de la superficie terráquea. Y esas aguas estaban pobladas por centenares de millares de formas de vida, y los expertos anuncian que, si son muchas las especies que han desaparecido ya en lo que llevamos del siglo, serán muchas más las que desaparecerán en los años que quedan de esta centuria; algunos investigadores y estudiosos señalan para esa extinción un plazo de cincuenta años.

En el último cuarto de siglo, la vida en los océanos ha decrecido entre un 30 y un 56 por ciento, y la especie humana, causa y motor principal de ese deterioro, no puede subsistir si se extingue la vida en las aguas marinas. También las aguas de los ríos interiores, de los lagos y lagunas, se hallan contaminadas y son mortíferas para la vida en ellas a causa de los deshechos cloacales de las ciudades levantadas en sus bordes y de los residuos que las fábricas químicas y otras vierten en ellos. Cada día queda menos vida en esos ríos, arroyos, lagos, lagunas. Y a ellos hay que agregar las costas marinas que han recibido

y reciben esos residuos letales. De ese modo, grandes zonas tradicionalmente ricas en pesca, han quedado sin vida marina, como el Mar del Norte en Europa y en las costas atlánticas europeas; el Mediterráneo, tan importante a través de milenios para la vida de los pueblos circundantes, ha terminado por no ser ya un foco alimenticio para los pueblos de sus bordes. Solamente los residuos que se vierten en el Adriático, se calculan en 14 millones de toneladas anuales. Y solamente en un año, en 1968, se registró en las aguas oceánicas que bordean las costas de América del Norte, la cantidad de 37.000 toneladas de residuos industriales mortíferos arrojados por navas grandes y barcas —desperdicios industriales y domiciliarios, materiales tóxicos, chatarra, hasta material radiactivo—. Solamente en 1970 se registraron 17 colisiones de transportes petroleros, y raramente transcurre un mes sin esos choques, sin explosiones e incendios de los modernos petroleros; en 1970, para citar un año, se derramaron en los distintos mares del mundo 415.000 toneladas de hidrocarburos; en 1976 las toneladas de hidrocarburos que se vertieron en el mar, alcanzaron cifras superiores a los dos millones, según una fuente de información; pero según otros habrían sido cinco millones, agregando a las colisiones e incendios de los barcos, las fugas de las torres de extracción instaladas en el mar y las del lavado de los tanques de los buques petroleros.

Los transportes de petróleo alcanzaron dimensiones monstruosas; algunas de esas navas pueden llevar hasta medio millón de toneladas. El petrolero holandés «Metula», en el estrecho de Magallanes, en agosto de 1974, según cálculos, habría causado la muerte de 45.000 aves, pingüinos y cormoranes, especialmente, sin contar las especies marinas de la zona.

A esas catástrofes tan comunes en nuestros tiempos, hay que añadir la extracción creciente de pesca en todos los mares. Desde los 20 millones de toneladas que se recogían al final de la segunda guerra mundial, se ha llegado, 25 años después, a más de 70 millones de toneladas. Se proyecta recurrir a procedimientos modernísimos para alcanzar los 100 millones.

Un porvenir tétrico espera a la humanidad con esa depredación de la vida en los mares, como se ha depredado en la superficie terrestre. ¿Por cuánto tiempo se podrá seguir así? En los cotidianos de todas las latitudes ya no llaman la atención las noticias de colisiones, explosiones y demás catástrofes en los monstruosos containers.

sas populares y por sus ideas de justicia, de libertad y de convivencia en paz. Corrió la sangre, se perdieron muchas vidas, de un lado y del otro de la trinchera, pero nunca fue el placer de matar, el homicidio, el acicate de la acción defensiva y de la represalia, sino todo lo contrario. Cuando la situación volvía a un equilibrio más o menos tolerable, las armas volvían a desaparecer, y los que las manejaban en defensa de la justicia, daban los mejores testimonios de amor a la paz, a la fraternidad y a la convivencia. Entre aquella acción defensiva y de castigo de los desalmados a sueldo o voluntarios, y el terrorismo de nuestros días, el abismo es infranqueable y la distancia no puede ser mayor. Los humanistas, los teólogos, los filósofos españoles desde la alta Edad Media en adelante, han reconocido y justificado la muerte de los tiranos, de las bestias feroces que practican y gozan con el exterminio de sus semejantes, y se han hecho esas afirmaciones en tiempos de los reyes más poderosos; y si algún resquicio quedaba para la acción homicida, se justificaba en nombre de la religión verdadera.

El terrorismo que conoce hoy el mundo tuvo, es verdad, su iniciación en los llamados sectores revolucionarios, de aquellas tendencias políticas y sociales que no conciben que se pueda proceder a un avance justiciero y de liberación más que por la fuerza bruta, por la muerte de los adversarios o calificados de tales; y eso justificó la aparición del terrorismo originado en las corrientes políticas regresivas, totalitarias.

En la política de los grandes Estados, y de los que aspiran a serlo, se alienta y orienta la acción violenta, la acción represiva y homicida. De los unos se sabe a ciencia cierta la parte que les compete, de otros se tiene la sospecha justificada. El panorama no puede ser más trágico ni más sugestivo para los dos extremos en pugna, y la víctima es siempre el pueblo entero sin distinción de clases. Lo que algunos definen como proceso revolucionario de cambio justiciero del orden social inicuo, se traduce en una metódica acción contrarrevolucionaria inhumana. Cabe recordar cómo los revolucionarios del Kremlin fueron de los primeros que pusieron fin a la vida de sus disidentes, de millares de sus disidentes, de centenares de millares, en nombre de un credo llamado revolucionario.

Entre octubre de 1976 y octubre de 1978 fueron ultimados por grupos clandestinos, del más variado origen, más de treinta personalidades políticas de relieve en Europa, una de ellas Aldo Moro, el presidente de la Democracia Cristiana en Italia; en las Olimpiadas de Munich, en 1972, un comando árabe secuestró y dio muerte a once

atletas judíos. Las brigadas rojas de Renato Curzio, la *Eta* vasca, la banda Meinhof-Baader en Alemania, los grupos combatientes palestinos, la minoría católica en Irlanda del Norte, los separatistas bretones en Francia, los moluqueños en Holanda, los árabes del norte africano, argelinos, etc., se dan la mano en el mismo afán de exterminio de sus eventuales adversarios.

Se habla de 1.148 hechos de violencia terrorista en Italia, crímenes y atentados contra jueces, políticos, periodistas, empresarios, en un año de acción de esta categoría. El ministro del interior de Francia, habló de más de un millar de hechos de este tipo en aquel país durante 1976, y de otros tantos en 1977, con heridos, muertos y centenares de explosiones. En el Ulster se menciona en los últimos tiempos casi un millar de muertos. En España se respondió a la decisión de avanzar hacia un régimen democrático en 1976, con horrores y excesos incalificables para impedir dicho proceso. La expansión del recurso al terror por parte de unos, suscita la respuesta equivalente en el otro extremo, y así se ofrece el espectáculo de la acción y la preparación homicida de las izquierdas y de las derechas, con el resultado que se puede prever, de una regresión política y social con todas sus consecuencias.

El departamento de Estado de los Estados Unidos, hizo conocer en agosto de 1978 que solamente desde enero de 1968 a diciembre de 1977 hubo alrededor de 2.690 casos de terrorismo internacional, de los cuales 1.148 involucraron a ciudadanos y propiedades de los Estados Unidos. En algunos países se presta especial amparo y apoyo a los terroristas, cualquiera que sea su origen. Un especialista inglés en el tema, Wilkinson, autor de varios libros, *Terrorismo Político* (1974) y *Terrorismo y Estado liberal* (1977), aseguraba en un artículo de los *Times* de Londres (29 de agosto de 1978) que el terrorismo, lejos de disminuir, va en aumento; la calidad internacional de su acción no puede ponerse en duda; el empleo de elementos terroristas y el terrorismo mismo, van adquiriendo cada vez más el carácter de «guerra sustituta» por parte de determinados países que tratan de debilitar así a sus enemigos.

¿Derechos humanos? —pregunta Wilkinson—. ¿Qué acto de violación de los derechos humanos podrá ser más fundamental que el ser volado en pedazos por una bomba terrorista?

En estos últimos meses se comentó mucho en la prensa internacional el asesinato de unos periodistas búlgaros disidentes, por métodos supertécnicos como el de la simple punción casual por la punta de

un paraguas. En Italia, en los primeros seis meses de 1978, hubo 1.148 atentados, asesinatos, secuestros, explosiones, etc.; en 1976 y 1977, el promedio de los atentados anuales fue de un millar. La técnica moderna coopera eficazmente; la explosión a distancia es bien conocida en los centros militares, y fue ella la que puso fin al jefe del gobierno español, Carrero Blanco, en Madrid, hace pocos años.

Profecías del fin del mundo

Las predicciones del futuro humano no son improvisadas; las hemos tenido en todos los tiempos, en todas las etapas de la historia, signos alarmantes de desastres, de peligro, de muerte fueron señalados como algo inevitable, y explicados en buena parte, como castigo por los pecados humanos.

A mediados de octubre de 1978, el cardinal Corrado Balducci ha comentado en una nota titulada «Profecía o realidad» en *L'Osservatore della domenica*, revista noticiosa del Vaticano, la profecía del arzobispo irlandés Malaquías, del siglo XII, dada a conocer en Roma tan sólo en 1590, considerada apócrifa y sin valor profético, una profecía que anuncia, no ya el apocalipsis del antiguo testamento, sino una tercera guerra mundial o un desastre por el estilo. Y si no se quiere atribuir méritos y significación a la predicción de Malaquías, monseñor Balducci recuerda el secreto de Fátima en 1917. Uno de los niños pastores que dijeron entonces que habían visto a la Virgen María de Fátima, en Portugal, la hermana Lucía, dejó escrita la experiencia vivida y Balducci cita un pasaje del relato: «Un gran flagelo va a caer sobre la humanidad... en la segunda mitad del siglo XX ... satanás reina en los más altos lugares: seducirá las mentes de los más grandes científicos para producir armas con las que gran parte de la humanidad podrá ser destruida en unos pocos minutos ... estallará una gran guerra. Millones de hombres envidiarán a los muertos ...».

Frente a ese porvenir catastrófico, monseñor Balducci opina que «lo único que nos queda es la consoladora certeza de que Dios no puede permitir tal flagelo si la humanidad no lo merece».

Pero sin recurrir a San Malaquías ni al secreto de Fátima, hombres de ciencia, pensadores, observadores imparciales de las contingencias actuales del mundo, han venido llamando la atención de la humanidad, aunque sus voces han caído en el vacío, voces en el desierto, para anunciar el destino de una humanidad enferma, a la cual, en lugar de ayuda terapéutica adecuada, no se sabe aplicar más que dosis de veneno para impedirle cualquier reacción salvadora.

Si en lugar de observar a nuestro alrededor la marcha hacia el abismo, con datos objetivos, concretos, palpables, nos entretenemos en buscar antecedentes proféticos, no tendríamos dificultad para mostrar que el porvenir amenazante, que vemos con los ojos abiertos y con los ojos cerrados, el abismo hacia el cual marchamos, resignados, vencidos, no puede ser más alarmante y más palpable. Para sofocar cualquier inquietud o cualquier desasosiego se nos ofrece el remedio del deporte, de la comunicación social por la prensa, por la televisión, por la radio.

Guerras hubo en todas las latitudes del planeta, con vencedores y con vencidos, desde que el hombre hizo del genocidio una profesión brillante y rentitiva, pero casi todas tenían algún límite a sus estragos. Las dos guerras mundiales de que hemos sido testigos ofrecieron ya el testimonio de la amplitud que podía adquirir el desastre; en la primera de esas hecatombes mundiales hubo más víctimas y destrucciones que en varios milenios de la beligerancia interhumana; los resultados de la segunda todavía no han sido olvidados, todavía sangran las heridas recibidas y se avanza a toda prisa hacia la tercera conflagración, que sobrepasa en sus alcances todo lo conocido hasta hoy. Con la tercera guerra mundial desaparece una civilización que alcanzó tal desarrollo como para destruir a la humanidad y destruir al hombre sobre la tierra.

Los que no quieren abrir los ojos para prever lo que viene, que se complazcan en revisar profecías de todos los tiempos, en explicar anuncios apocalípticos sobre otros fundamentos. Pero lo que importa es que todos los que son capaces de ver, y ven, tengan capacidad para enfrentar juntos el peligro y para poner fin a un ritmo de inhumanidad que nos lleva a una condición en la que no habrá vencedores ni vencidos, en la que no habrá vida humana sobre inmensas extensiones de la corteza terrestre. Tenía razón uno de nuestros amigos al escribir una obra de honda meditación sobre lo que la ciencia y la tecnología pueden realizar en beneficio de la humanidad y lo que pueden realizar en su daño. Lo que hasta ahora vemos, lo que observamos, lo que todos los síntomas nos anticipan, es que la ciencia y la tecnología, sin los cuales la existencia es ya imposible, pueden poner fin a la existencia del ser humano sobre la tierra.

Desde muchos otros puntos y bases se lanzaron a la circulación algo como profecías sombrías por físicos y climatólogos sobre el enfriamiento de la tierra, sobre una nueva edad de hielo. Hace poco tiempo se ha visto la congelación del lago Titicaca, en Bolivia, un fe-

nómeno no conocido en la historia; se ha denunciado el aumento de nieve en el hemisferio norte por ilustres profesores e investigadores universitarios; la luz solar sobre el territorio de los Estados Unidos disminuyó en un 1,2 % entre 1964 y 1972. Otros investigadores han llegado a parecidas conclusiones y anuncian una nueva edad de hielo. Pero contra ese destino el poder de que disponemos es muy reducido; en cambio depende de nosotros mismos, de todos nosotros, impedir el ocaso de la civilización dominante por obra y efecto de los errores, desviaciones y anomalías del hombre mismo.

Si el tiempo nos lo permite esbozaremos nuestra visión salvadora, la de una gran revolución mundial, planetaria, que podría continuar la revolución ética de hace dos mil años, tan desfigurada y olvidada desde entonces.

(Continuará)

DIEGO ABAD DE SANTILLAN

*Aproximaciones a un mundo
mortalmente enfermo.
O nos salvamos todos
o todos perecemos (II)*

*Pasividad incomprensible **

En esta era planetaria, de solidaridad por encima de todas las fronteras, aunque esa solidaridad no sea consciente, no es fácil concebir la pasividad, la indiferencia, la quietud del gran número de las gentes, que vegetan plácidamente en esta hora de peligro mortal, sin levantar los ojos hacia un mañana oscuro que puede tardar en advenir horas, días, semanas, quizá años, pero que nada parece cerrarle el paso, pues no se advierte ningún indicio de disposición para ello.

No es un alivio si las catástrofes humanas precursoras de la gran catástrofe se producen a distancia, en alguna región lejana de Africa o de Asia, o de los otros continentes, porque es un hecho indiscutible que todo lo que ocurre sobre la faz de la tierra repercute planetariamente y contribuye de algún modo a acelerar la hora final o la hora inicial. Con recordar que suman más de 42 millones los obreros y técnicos y los hombres de ciencia que trabajan en la producción del instrumental bélico en constante progreso, y que suman más de 400 mil millones de dólares los que se gastan anualmente en esa incalificable competencia del armamentismo cada día más mortífero; con sólo recordar esos hechos tenemos bastante para no calificar la etapa histórica en que vivimos plácidamente.

* La primera parte de este trabajo se encuentra en «Estudios Filosóficos», 28 (1979), pp. 9-24.

¿Se puede hablar de un mundo civilizado en esas condiciones? Una parte del grandioso esfuerzo, del derroche a que aludimos tiene por objeto el dominio mundial de la religión del Kremlin, que no se ha cansado todavía de ejecutar o torturar a los disidentes en sus propias fronteras ni de preparar el camino, o los caminos, para asegurar su dominio fuera de ellas; y han pasado, desde que hicieron su aparición con esa bandera los santos Lenin y Trotsky, más de sesenta años. Es un caso llamativo de fidelidad a los dogmas nuevos. Por el otro lado se quiere contraatacar esa ambición funesta con instrumental bélico superior, y en esa rivalidad vivimos los de un lado y los de otro de la cortina férrea de separación, y de un lado y de otro se van monopolizando los progresos de la ciencia y de la técnica en la competencia para matar y para triunfar. Y aquí estamos los que condenamos ese camino de la muerte, atreviéndonos a insinuar que si no hallamos un acercamiento moral y humano, no habrá otra solución que la del fin de la especie a que pertenecemos, y el fin también de las otras especies animales. ¿Qué culpa habrán tenido los tigres, los leones, los lobos?

A todo lo largo de la trayectoria humana sobre este planeta se ha avanzado y retrocedido por rutas que mostraban indicios de que, si no los conducidos como rebaños por los improvisados pastores, antecesores de los faraones, los emperadores, los dictadores de siglos más recientes, al menos los que oficiaban de caudillos solían o parecían tener objetivos a lograr en beneficio de unos pocos o de muchos. Con recursos y horizontes muy limitados era posible influir más o menos en el destino individual y colectivo de nuestros semejantes. Se cometían errores, se recurría a todos los abusos y crímenes, pero el hombre, dirigente o dirigido, seguía siendo el eje, el motor de los actos individuales y sociales, de las ambiciones, de los sueños del bien y del mal.

Ahora bien, desde el día mismo en que se hizo estallar la primera bomba atómica sobre Hiroshima, se tiene la impresión de que el hombre ha perdido su función rectora y dejó de ser el motor consciente de su destino, y que no sabe lo que quiere ni lo que puede, que no sabe a dónde va y avanza con los ojos vendados voluntariamente, como si hubiésemos entrado en la era de los robots, de los robots en la condición de obreros de las fábricas, de robots en los mecanismos de los Estados modernos. El amo de ayer se ha convertido en siervo dócil y el dominador en dominado.

Mientras se pueden contar con los dedos de la mano los disformes, los que lanzan gritos de alarma, los más, la casi totalidad, se

acomoda como puede a lo que en el caos que nos circunda y en el cual vivimos se ofrece como pasajera supervivencia, siempre al borde del abismo y de la catástrofe. El hombre parece a veces convertido en un engranaje automático, pasivo, de un conglomerado mayor que no tiene siquiera como finalidad el beneficio de minorías privilegiadas, como ocurría ayer, como acontecía en el pasado.

No se sabe hacia dónde se dirigen los pasos, ni para qué, y eso tanto en las capas sociales aparentemente de arriba, como en las del medio o en las de abajo. La misma inseguridad, la misma ceguera, las mismas rutinas estériles, las mismas tinieblas circundan a los unos y a los otros, a los que se imaginan dirigentes y a los que se resignan como dirigidos. Con la diferencia que si ayer las grandes masas sumisas, esclavas, lo ignoraban todo acerca de su destino y se resignaban a obedecer pasivamente, en cambio los que oficiaban de amos tenían objetivos más o menos precisos y podían orientar sus mandatos hacia la consecución de los bienes, el confort, el poder apetecidos mediante el esfuerzo, el sudor y las lágrimas y la sangre de sus esclavos. Hoy comprobamos que si los pueblos, las grandes masas, no saben hacia dónde se les lleva y para qué, tampoco lo saben los que funcionan como sustitutos de los amos, de los señores de ayer, cuyo puesto ocupan hoy los Estados sacralizados y movidos por una burocracia dominante y estéril.

Somos algo así como náufragos al azar de los vientos oceánicos, tan impotentes los que no son más que marineros como los capitanes de la nave al gareté.

¿Hacia dónde vamos? ¿Hacia dónde nos llevan las conquistas de la ciencia y de la técnica? Algunas voces, apenas perceptibles, se atreven a denunciar lo que captan, lo que ven, lo que no es difícil percibir y anticipar sin ser profetas, ni brujos, ni astrólogos; pero esas voces no tienen eco, no tienen peso; son voces en el desierto.

Alarma la falta de toda inquietud en los más, en casi todos los que nos rodean; no dan muestra de ninguna preocupación por el mañana incierto. Si algo conmueve, si algo agita a las grandes masas es el desenlace final de un encuentro deportivo, del fútbol, del boxeo, o de otras manifestaciones del circo, del circo sin pan. Eso sí parece que inquieta y preocupa; lo demás no tiene importancia.

No tiene importancia la decadencia de Europa, aunque fue un foco de vida que dirigió la marcha del mundo a lo largo de un milenio, desde que la tierra era plana, y sobre todo desde que nuestros navegantes audaces demostraron que era redonda. La perspectiva del fin del pre-

dominio europeo, que ya no gravita, que ya no influye como en los siglos pasados, no causa ninguna impresión en las gentes, que a lo sumo siguen apegadas a rutinas, a consignas, a formalismos sin trascendencia alguna. Hasta geográficamente Europa ha quedado reducida y cercenada y apenas queda en pie una franja occidental sobre el Atlántico, y eso porque la OTAN se muestra vigilante desde hace treinta años con su poderío atómico, pues el continente que dominó al mundo conocido hoy no puede defenderse a sí mismo.

No hace falta mucha perspicacia para prever una Europa convertida en museo de pasadas grandezas y conquistas, pues los problemas alarmantes de la hora no tienen ya solución en Europa misma, sino en oriente y en occidente.

Ayer y hoy

La historia del hombre sobre la tierra, es larga, de muchos cientos de milenios; en sus épocas ya avanzadas nos ha dejado vestigios de un ayer sin historia escrita, con fósiles o piezas arqueológicas, que nos permiten imaginar el largo derrotero desde que nuestros antepasados se cobijaban en cavernas, se alimentaban con frutas silvestres y con caza accesible y se vestían con las pieles peludas de los animales que cazaban.

De aquella época lejanísima, perdida en las brumas de un ayer apenas imaginable hoy, hay distancias siderales. ¿Cómo fue posible ese penoso recorrido a través de los milenios para llegar al nivel en que nos encontramos con un mundo entrelazado por las comunicaciones radiales y televisivas, y la navegación aérea que nos permiten estar presentes en cuanto acontece en todas las latitudes del planeta?

Nuestra experiencia personal apenas abarca lo que llamamos el siglo XX y el comienzo de lo que ya, prácticamente, es el siglo XXI, algunos segundos de la historia; pero en ese breve lapso hemos conocido, vivido, sufrido innovaciones que un siglo atrás tan sólo no se habrían podido imaginar siquiera, ni con la fantasía de algún Julio Verne.

Hubo cambios, alteraciones del ritmo de vida también en los siglos anteriores; el ser humano ha conocido progresos y regresiones, mejoramientos y empeoramientos. Los europeos del siglo XV, en guerras permanentes entre sí, acabaron por descubrir tierras de cuya existencia no tenían la más lejana noción y abrieron rutas a la navegación oceánica, a lo largo y a lo ancho de esta tierra redonda; conquistaron grandes imperios en América, en Asia, en África. Europa se consideró dueña legítima del mundo, del mundo de seres humanos cobrizos, de

tez negra o de tez amarilla; logró equiparse con armas irresistibles para dominar a los pueblos conquistados por todos los medios, incluso con la destrucción y la muerte.

Pero hablábamos de nuestro siglo xx, el siglo del carbón y de la máquina a vapor, el siglo en que la etapa de aquellas máquinas ha sido superada con creces. Se hicieron progresos inimaginables, se ideó el telégrafo sin hilos, se avanzó hacia la conquista aérea del espacio, se han realizado viajes a la luna. Los progresos cumplidos en nuestros días son de una magnitud y de unos alcances ilimitados, aunque esos progresos fueron cumplidos y utilizados más para el mal que para el bien del hombre. Desde que tenemos uso de razón hemos conocido la guerra como una condición normal de los pueblos, de las naciones y de sus Estados respectivos; guerras civiles, guerras coloniales, guerras entre potencias rivales. Hemos tenido el triste privilegio de ser espectadores de dos guerras mundiales, lo que se dice pronto, y hemos llegado al borde mismo de la tercera de esas locuras homicidas, que ya pudo estallar en varias oportunidades: en ocasión de las dificultades habidas en torno a Berlín en 1950, en ocasión también de las armas nucleares llevadas por los rusos a Cuba en 1962 y contemporáneamente por las invasiones chinas en Vietnam. Ese triste privilegio de haber sido actores y espectadores de acontecimientos de la magnitud de dos guerras mundiales, de la explosión de las bombas atómicas, no lo han conocido nuestros antepasados directos, ni siquiera lo hubieran podido imaginar. Repetimos que, si hemos sido actores o espectadores de las dos grandes hecatombes bélicas del mundo civilizado o no civilizado, asistimos plácidamente a la preparación de la tercera catástrofe, la que puede poner fin a la vida del ser humano en este planeta.

Conciencia de clase

En lo que llevamos del siglo xx, a cuyas palpitaciones finales asistimos, se han producido cambios que cuesta comprender a los que conocieron y vivieron apenas los años que corresponden a la segunda mitad del mismo. Había una escisión social poco menos que sagrada; por un lado estaban los ricos, los poderosos; por otro los pobres, los asalariados, y se entabló una lucha cruda para despertar en estos últimos el derecho a vivir por medio de la fuerza de sus organizaciones, el derecho a vivir y a los productos de su esfuerzo. La comunidad humana no era una comunidad, era un todo dividido en campos enemigos y por eso se divulgó aquello de la guerra de clases y se ideó lo de

la *conciencia de clase*. Algunas mentes despiertas combatían esa desigualdad, esa insolidaridad, esa escisión social injusta.

Max Netlau, al que nos hemos sentido tan ligados moral e intelectualmente desde fines de la primera guerra mundial, elaboró para nosotros un trabajo de honda meditación que vio la luz en España en 1933, en el que señaló las líneas de la eugenesia de una sociedad libre, hoy, a casi medio siglo de distancia, más actual que nunca; las clases sociales no son homogéneas y cimentar mundos sobre esa ilusoria igualdad equivale a correr peligros graves de desviación y de esterilidad. Según el sabio Netlau, y según nosotros mismos, lo que se llama *conciencia de clase* es un término literario, exótico para todo ese mundo que tiene precisamente por objetivo salir de la órbita de su clase, elevarse por sobre los demás; el capitalista pequeño desea convertirse en grande y después en un capitalista mayor todavía o en rentista. Dejemos, pues, de lado eso de la *conciencia de clase*, eso de las clases como entidades reales, palpables, sobre las cuales se quiso edificar una teología de redención o de esclavitud.

Lo que un medio siglo atrás no había podido convencer más que a medias, hoy no tiene ningún asidero para nosotros. Y no es la primera vez que, frente a las explosiones oratorias en torno a la llamada democracia política, hemos señalado como algo positivo, fecundo, realista, la democracia en la economía, la democracia entre empresarios y asalariados, porque están ligados por los mismos intereses básicos, y el mal de los unos es, en sus efectos, también el mal de los otros. Sobre todo esa modalidad democrática es tanto más recomendable y practicable cuanto más escollos se encuentra en su camino un sistema económico como el que ha pesado decisivamente varios siglos. El capitalismo no es ya un monopolio de los empresarios, de los potentados de las finanzas y de la producción; la conducción de la economía cambió de manos y pasó a los técnicos, pasó a los expertos, cualquiera que sea el origen de los mismos.

No se trata sólo de producir bienes para el mercado; se trata de que el mercado exista con capacidad para absorberlos, y para que esa capacidad exista, no puede prescindir el fabricante, por poderoso que sea, de una masa consumidora correspondiente.

No rechazamos la democracia política, la elección de los amos en las urnas, aunque la verdad es que los resultados prácticos de esa táctica no han sido excesivamente fecundos y provechosos; lo que cabe como receta, como salida es la democracia en la economía, la democracia en la producción y en el consumo. Lo que se imaginaba por los

utopistas de ayer, que querían poner en el puesto de los amos de las fábricas o de las empresas a los obreros de las mismas, ha perdido como motivo de seducción. La empresa no puede subsistir sin la intervención de los técnicos, de los expertos, y la industria moderna requiere para su funcionamiento el aporte de toda clase de especialistas; y esos especialistas no son ya ni los propietarios de las fábricas o de las empresas ni los obreros manuales eventuales. Por tanto no hay que declararse la guerra en el campo de la producción y la distribución, sino llegar a un buen acuerdo, un acuerdo democrático razonable para bien de los unos y de los otros.

Casi por los mismos años en que Pedro Kropotkin, el sabio anarquista, calificaba al asalariado como una nueva forma de esclavitud, hacía lo mismo y con las mismas palabras un papa de la iglesia católica. Por eso no puede extrañar, en estos tiempos precursores de la tercera y definitiva catástrofe mundial, que coincidamos también con altas jerarquías eclesiásticas en estos días, cuando se reitera una visión que puede coincidir con la que hemos sostenido nosotros mismos.

El mismo Netlau, el gran historiógrafo del socialismo, que ha denunciado como término literario y exótico la llamada *conciencia de clase*, ha propiciado desde fines del siglo XIX sugerencias como la de la responsabilidad moral en la tarea de los trabajadores mismos. Y queremos recordar la Alemania de la primera posguerra mundial. Se había difundido y generalizado en todos los tonos y en todas las formas la consigna *Nie wieder Krieg* (Nunca más guerra). Nos impresionaba la unanimidad en torno a esa consigna; las gigantescas demostraciones populares, obreras, en aquellos años, exhibían en grandes pancartas aquello de «*Nie wieder Krieg*». Por entonces fue convocado en Düsseldorf un congreso de obreros metalúrgicos, y Rudolf Rocker asistió al mismo en nombre de las organizaciones obreras metalúrgicas integrantes de nuestra Central sindical. Rocker era, sin duda, uno de los oradores más brillantes de la Alemania de entonces; pronunció un discurso sugestivo y valiente que hemos divulgado en varios idiomas y jamás hemos podido olvidar las recomendaciones finales: ¡No más guerra! ¡No más guerra, sí!, pero también ésta: ¡Abajo los martillos!, ¡Abajo las herramientas que forjan las armas!

Resulta fácil atribuir la culpa de esos espectáculos siniestros a los gobiernos de turno, a los personajes significativos por su influencia y su poder; pero en la responsabilidad de una guerra, pequeña o grande, tienen tanta culpa los que la declaran desde las alturas del poder poli-

tico o económico, como los trabajadores asalariados que fabrican las armas para la matanza.

Todo eso quiere decir que en cualquiera que sea la manifestación de la vida individual y social, hay lineamientos morales que no deben ser desconocidos o pasados por alto.

Anarquía y moral

De todas las corrientes sociales y políticas, la única que se opone radicalmente al amoralismo, cualquiera que sea su orientación, es la corriente tradicionalmente llamada anarquista, desde la época en que un Proudhon tuvo la ocurrencia de utilizar una palabra negativa en un sentido positivo, constructivo; es la única doctrina que no pretende imponer a nadie sus normas, sus principios, sus ideas más que, a lo sumo, por una coacción, la coacción moral a que se ha referido Ricardo Mella, el ejemplo, la conducta sana, que considera al prójimo como parte de uno mismo. Se podría revisar la prensa libertaria de todos los tiempos y de todos los idiomas para comprobar en qué medida han estado íntimamente ligadas la anarquía y la moral; esa estrecha vinculación la encontramos a cada paso o a cada página de Bakunin, de Kropotkin, de Malatesta, de todos los portavoces de un ideario de igualdad, de solidaridad, de fraternidad. Combate la sociedad actual por su moral dominante y le opone la moral del amor y de la solidaridad y propicia instituciones que correspondan a su concepción de las relaciones entre seres humanos. Si no fuera así, por qué no se habría de hallar justa la explotación del pueblo por los amos de la riqueza. La moral es la regla de conducta que cada individuo considera buena para la convivencia. Se puede encontrar mala la moral dominante en una época, en un país o en la sociedad, pero no se podría concebir una sociedad sin moral alguna, ni un hombre consciente que no pueda juzgar lo que es bueno y lo que es malo para sí mismo y para los demás. En esto coinciden todos los propagadores del anarquismo.

Suele olvidarse que para combatir razonablemente una moral que se juzga defectuosa, es preciso oponerle en la teoría y en la práctica una moral superior, más justa. Pero algunas veces, por motivos temperamentales o circunstanciales se llega a la amoralidad, a la inmoralidad, a la ausencia de reglas de conducta y se cede pasivamente al impulso del momento.

Ha ocurrido en ciertos momentos la desfiguración, el desvío de las doctrinas anarquistas, que se convirtieron en la práctica en lo contrario de lo que propagaban. En algunas de esas circunstancias se propició,

por los que no se dejaron contaminar por esa desviación, la renuncia a la palabra anarquía. Malatesta se opuso a esa renuncia, porque el público podía acabar por creer en un cambio de casaca, y lo que importaba era distinguirse claramente de los que sostienen una concepción diferente y hasta opuesta de las ideas anarquistas tradicionales y de la moral consiguiente; había que insistir con pasión en la manera de ver y de pensar que distingue al anarquismo de las demás corrientes sociales.

Sin los novísimos avances de la ciencia y la tecnología, sin la revolución iniciada ya en el primer decenio del siglo por un Albert Einstein y otros genios, la humanidad no habría podido subsistir con el moderno diluvio demográfico, con el nivel de vida logrado, con el progreso cultural y general alcanzado. Algunas cifras de los países desarrollados, de los países en desarrollo o subdesarrollados, nos ofrece el siguiente cuadro: los países subdesarrollados, el tercer mundo en general, aumentan las cifras de su población, de su crecimiento numérico, pero al mismo tiempo disminuye su capacidad de producción. En cambio los países desarrollados muestran este otro cariz: disminuye el crecimiento vegetativo y aumenta la capacidad de producción. En los Estados Unidos, por ejemplo, la población laboral activa en las tareas agropecuarias se reduce a poco más del 5 % mientras, no hace muchos años la población campesina alcanzaba un 50 % del total de la población.

En estos últimos años se ha visto a Australia y Nueva Zelanda aumentar su producción de 3,1 a 6,5 %; Estados Unidos, de 1,9 a 4,1 %; Rusia y la Europa oriental, a causa de su régimen estatal absolutista, no pueden abastecerse con la producción propia o sufren privaciones de todo orden. En Africa, Asia, América Central y buena parte del Sur, la gravedad de la situación es alarmante; su población crece anualmente en un 2,4 y un 2,5 %, mientras su producción baja de un 3,9 a un 2 %.

Mirando hacia el mañana

Arthur Koestler profetiza en *Janus* un porvenir siniestro, por el hecho indiscutible que el *homo-sapiens* es el único animal que practica desde sus orígenes el asesinato individual o colectivo, y en proporciones monstruosas, cada día más monstruosas. No es un honor ni un título de orgullo; somos la única especie sobre la costra terrestre que aprendió y practicó en forma creciente el asesinato individual y colectivo, y esa degradación ha sido valorada, y lo es, como un timbre de

honor y de orgullo. La destrucción, la aniquilación de la vida, es lo que nos distingue de los otros seres vivos, que no se aniquilan los unos a los otros en su ambiente específico.

Estamos siempre pendientes de una minucia cualquiera que puede desencadenar el más espantoso y aniquilador apocalipsis. El premio Nobel ruso Solsehnitzin acusa al mundo por la indiferencia con que el área no comunista del mismo contempla los avances del imperialismo mundial del rublo, cuando se ha combatido con tanta acritud en el pasado el imperialismo del dólar.

Andrei Amalrik, el historiador ruso disidente de los Amin del Kremlin, anuncia la tercera guerra mundial para 1984, la fecha que anunció un día Orwell en su utopía del mañana próximo.

No importan los nombres, Lenin, Stalin, Brezhnev; lo que interesa, lo que debe interesar es la pertinacia, la habilidad, el tesón con que los hombres del Kremlin van avanzando hacia el dominio político, económico, espiritual del mundo conocido o desconocido, con los recursos más poderosos y eficientes, sin dejar de la mano el más audaz maquiavelismo.

Contra esa teología han resultado hasta ahora estériles todas las teologías que intentaron oponerse a ese avance. Por eso no nos parece del todo extraño que algunos sabios biólogos y antropólogos lleguen a la convicción de que el hombre es una falla de la evolución, un error de la naturaleza. Por esa falla en la evolución, probablemente, no se ha podido ni se ha intentado poner vallas o trabas a la fabricación de las armas de guerra más destructivas, a la única industria que no conoce la crisis, el paro.

Las viejas guerras eran juego de niños, algo así como un deporte, pero un juego permanente y en progreso. Hoy la industria armamentista, ofensiva, defensiva, disuasiva, ha llegado a tal extremo que el hombre no puede dominarla o controlarla o paralizarla; el hombre se ha convertido en esclavo sumiso de su propia creación y se ha llegado a condición de vivir pensando y actuando sólo en matar la vida.

¿Se puede ver con indiferencia el peligro que denunciarnos, cerrar los ojos y resignarse como esclavos sumisos? Esa indiferencia, esa pasividad ante la condena universal a la extinción es ya uno de los elementos básicos para seguir preparando friamente la catástrofe.

Ni ayer la Sociedad de Naciones de Woodrow Wilson, ni hoy las Naciones Unidas de Franklin D. Roosevelt significaron ni significan nada positivo para los objetivos de su creación. Hasta se podría decir que han hecho en realidad más por la guerra que en beneficio de la

paz; pero mientras los presupuestos sean tan generosos para el sostén de su nutrido personal ¡qué importa su ineficacia!; ¡qué importa la nulidad de sus empeños! Y si no tenemos capacidad para cambiar el rumbo y el horizonte y el instrumental ofensivo y defensivo, entonces, ¡buenas noches! Dejar nuestro destino, como lo dejamos, en manos de un gobierno o de unos gobernantes, de aquí o de allá, como únicos salvadores de la humanidad, es suicidarse, es renunciar a vivir, es una entrega pasiva y delictiva al desastre. ¡Vencidos o resignados!

Degradación moral

Un medio siglo atrás, un sabio alemán que había hallado refugio en la Argentina al iniciarse las primeras exteriorizaciones del nazismo, creador de la cardiología moderna, íntimamente ligado en amistad y coincidencia con Albert Einstein, del cual hemos dado hace mucho tiempo una versión de una obra que sigue siendo única, *Biología de la guerra*, escrita en prisión, George Friedrich Nicolai expresaba en uno de sus libros su extrañeza al comprobar que nadie se había preocupado de examinar si las teorías, si las ideas que han revolucionado al mundo y las investigaciones que han abierto tantos horizontes nuevos, podían servir para fundamentar una conducta moral práctica entre los hombres, una conducta que correspondiese a los nuevos conocimientos logrados en nuestro tiempo en la ciencia y la técnica. Medio siglo después, en la era de la conquista espacial y de los misiles intercontinentales, de las victorias del cerebro humano, cuando la palabra imposible no tiene ya ninguna consistencia estable, la humanidad sigue estancada, como en los milenios que ha registrado más o menos la historia, o peor aún, convertida en un instrumento para matar y para morir, individual o colectivamente. Se podría decir que si hay progreso es en la ruta de la inhumanidad más extrema, y que estamos más lejos que nunca de lo que, andando el tiempo, habíamos considerado como vida moral, solidaridad, fraterna.

Parece que entre el hombre y el hombre se hubiese abierto un abismo que imposibilita el gesto de la mano tendida para la amistad, el compañerismo, la solidaridad, el apoyo mutuo. Nicolai intenta esclarecer, con su extraordinario saber, el drama de los avances técnicos y científicos y la ausencia de instintos y prácticas morales correspondientes, e intenta mostrar el camino para adaptar, para armonizar resueltamente nuestra moral y nuestra civilización. Pero los hechos de cada día, de cada hora, nos muestran que esa tarea no es fácil, pues la bar-

barie y el amoralismo se presentan como ligados estrechamente a los grandiosos progresos técnicos y científicos de estos días.

En esta hora asombrosa, inconcebible en su magnitud y en sus alcances, nos encontramos con un descenso, mejor aún, con una caída, que no se había conocido en su amplitud, en su inhumanidad en los tiempos que solemos calificar como pasado de barbarie, de primitivismo. Diariamente encontramos en la prensa, a través de la televisión, en los noticieros, los pormenores que llegan por vía directa a una parte ínfima de los habitantes de la gran ciudad, de las megalópolis, sobre las anomalías y monstruosidades en el comportamiento humano; y todo ello no es más que una ínfima expresión de una realidad impresionante y asqueante, sin antecedentes por lo que se refiere a su generalización y a su perversidad. El robo violento, el atraco a mano armada, el asesinato de las víctimas, los abusos más incalificables y degradantes son hoy sucesos cotidianos, ayer inimaginables.

Wilhelm Bernhard, una de las grandes personalidades de la investigación médica, director del Instituto de investigaciones sobre el cáncer, de Villejuif, Francia, se expresaba así: «Es la vida espiritual la que otorga individualidad a cada ser; ella escapa, afortunadamente, al dominio de la actividad científica» y sostenía que «es la ética y no una mayor sabiduría la que dará una imagen nueva al mundo».

La denuncia de la era de amoralismo se hace desde todos los sectores y desde todos los niveles. El médico y filósofo Ramón Pascual Muñoz Soler, en su libro de 1969, *El camino de la egoencia*, decía lo que tantos otros podrían afirmar, por no decir todos los que tienen uso de razón: «Necesitamos una nueva ética, una nueva filosofía de la educación, de la economía y de la política, y nuevas bases para el derecho, la legislación y la organización social; es una tarea grandiosa reservada seguramente a los grandes maestros y conductores de la sociedad futura...». La creación de la sociedad futura no puede surgir de la organización del mundo viejo, ni de los hombres viejos, ni de la vieja cultura. «La nueva sociedad no nacerá de nuevas revoluciones al antiguo estilo ni del ordenamiento de nuevas leyes dentro del marco de viejas estructuras, sino que nacerá del corazón y de la mente de hombres nuevos; será el resultado de una nueva forma de pensar y de sentir acorde con las necesidades que tiene el hombre moderno de ser plenamente hombre...».

Hubo en todos los tiempos delincuentes, criminales, ladrones; hubo siempre Caín y Abeles, pero sus hechos delictivos no eran la norma de conducta generalizada. Algunos antropólogos, de la escuela de Lom-

broso, quisieron señalar y fijar los rasgos físicos del criminal, del asesino, del delincuente nato, sin reparar que algunos de los definidores de esa anomalía humana mostraban ellos mismos tales rasgos, comenzando por Lombroso; muy ilustrativo al respecto es el estudio que dedicó a Lombroso nuestro Ricardo Mella, el mismo cuyo noble humanismo ha sabido mostrarnos J. A. Lobo¹.

Desde tiempos muy lejanos hubo seres humanos hambrientos que se dejaban morir, que se extinguían sin un gesto de ira o de venganza, como esos seres de apariencia humana que mueren resignados a la vista de los transeúntes en las poblaciones de la India, mientras pasan a su lado intocables las vacas sagradas. No escasean los que contemplan impasibles ese espectáculo macabro, pero nos llevaría mucho espacio citar las condenas de incontables Padres de la Iglesia católica, que reconocían y aplaudían el derecho de los pobres hambrientos a robar a los ricos lo necesario para su sustento. Hubo grandes masas que se sometían y se resignaban ante los abusos y extravíos de los poderosos, de los señores feudales y reconocían a los amos hasta el derecho de *prima nocte* como signo de sumisión a normas impuestas por buenas o por malas; pero hubo casos, también numerosos, en que se alzaban las víctimas de esos abusos en reacción airada y justa. Uno de los orígenes de la sublevación de los gremios levantinos, en la Valencia laboriosa del primer tercio del siglo xvi, fue el comportamiento de aquellos señores que volvían a sus lares después de un tiempo de jolgorio hasta la rendición de Boadil en Granada y que, en pago de sus supuestas hazañas, se complacían en asaltar a las esposas y a las hijas de los artesanos para someterlas por la fuerza a sus caprichos libidinosos. Contra esos procedimientos hubo reacciones personales de los esposos, de los hermanos, de los parientes de las víctimas atropelladas y hubo luchas a muerte contra aquellos señoritos de entonces, y así comenzó el levantamiento de las germanías de artesanos, una página inolvidable de nuestra historia. ¿Debían ser tolerados aquellos ultrajes? ¿Era virtuoso tolerarlos?

Mas recientemente, y todavía queda algún sobreviviente, especialmente en Cataluña, se organizaron y financiaron por la clase patronal y por las autoridades policiales y militares una banda de pistoleros para matar sindicalistas y anarquistas. Cayeron muchos en ese extravío moral de la reacción contra la organización obrera, y los compañeros y

1. J. A. LOBO: *El anarquismo humanista de Ricardo Mella*. «Estudios Filosóficos», 28 (1979), pp. 69-106.

amigos de las víctimas, y los que iban de un momento a otro a ser víctimas, resolvieron hacer frente al peligro constante y empuñar las armas en legítima defensa contra los asesinos a sueldo y contra los que los financiaban. Perduró aquel enfrentamiento, con ritmo distinto, casi un par de años, un par de años de sangre y de muerte. ¿Se podía pedir en aquellas condiciones a los señalados para el exterminio que se dejaran asesinar pasivamente, sin resistencia alguna? ¿Que en esas circunstancias a los que conservan la conciencia de su acción defensiva y justa se suman gentes de menor calidad y comprensión? Esas adhesiones espontáneas eran inevitables, pero no se tardaba en reaccionar contra esa posible desviación cuando los pistoleros a sueldo quedaron por un tiempo diezmados y vencidos o en condiciones de inferioridad. Tan pronto como se superaba la situación de violencia forzada, se volvía a la ruta ordinaria del trabajo normal, de la conducta moralmente sana e inobjetable, y si la reanudación de la ofensiva asesina no se producía, era una gran satisfacción olvidarse de la pistola con la bala en la recámara para no perder segundos cuando el peligro aparecía.

Se puede expurgar con provecho escritos de Tomás de Aquino y admirar cómo explica que la ira, cuando es la respuesta a una injuria grave, una represalia contra el abuso inhumano, es un acto de justicia, desviándose en esa interpretación del estoicismo senequista. Impedir la propagación de un mal es un acto justo; dificultar la acción criminal de unas bandas mercenarias asesinas, es un acto virtuoso, aunque en ello haya que matar a los ejecutores de la represión; es un acto virtuoso, y virtuosos fueron aquellos abnegados amigos que lo sacrificaban todo, también su vida, para dificultar o paralizar la acción delictiva en aquellos años trágicos de la Cataluña obrera. Santo Tomás de Aquino los habría comprendido y justificado y habría calificado su gesto defensivo como un acto virtuoso. Esa acción defensiva con medios violentos como los empleados por la acción ofensiva, no está reñida con el recurso a la prédica moral, a la coacción moral para atraer al buen redil a los descarriados, y ese fue el medio favorito, y no el derramamiento de sangre, para encauzar la práctica moral en las relaciones humanas.

Hubo en España, especialmente en la Andalucía latifundista y señorial, un bandolerismo de hondo arraigo, practicado por hombres valerosos, que contaban con el apoyo activo o pasivo de las masas de campesinos y de jornaleros pobres, pues el dinero que arrebataban a los ricos era empleado también para socorrer con él a los paupérrimos.

Ese bandolerismo típico no era asesino, no era criminal; en la mayoría de los casos hasta era algo así como un arma de justicia social.

De aquel bandolerismo legendario y romántico a la delincuencia de nuestros días, hay un abismo infranqueable de distancia; hoy se roba, se mata, se viola y se deja un reguero de infamias que no se hubieran concebido en los tiempos a que hacemos referencia.

Se puede argumentar que vivimos en un período de guerra, de preparación para matar y para morir, de educación y adiestramiento para hacerse daño unos a otros, sin un solo día de paz, de respeto y apoyo mutuo desde la explosión de la primera guerra mundial, desde hace más de 60 años. Vino luego la segunda hecatombe, y las causas de la misma no importan más que las de la primera; se sucedieron las guerras civiles y los choques sangrientos entre países fronterizos causados por un bandolerismo muy distinto al caballeresco bandolerismo andaluz del siglo pasado. Ni un solo año de paz hemos conocido a lo largo de los siglos pasados. Ni un solo año de paz hemos conocido a lo largo de los últimos sesenta años, ni un solo día de calma para que el hombre pudiera volver a comportarse como un ser humano frente a otros seres humanos. El adiestramiento permanente para el empleo de la fuerza, de la violencia descarnada, brutal, asqueante, abarcó sectores de la población cada día más vastos, y a ese descarrío se llega por muchos caminos, no sólo por la educación para matar supuestos adversarios, del otro lado de las fronteras artificiosas de las naciones, de los partidos políticos aspirantes al poder o de las llamadas clases sociales.

No se puede llegar muy lejos, en la ruta de una sana moral, naturalmente, con la difusión de las drogas de toda especie, que invaden hasta las capas infantiles de las escuelas. Los vicios de toda suerte envenenan a la juventud, minan su contextura moral natural, su capacidad para discernir el bien del mal. Por ese camino avanza la peste invasora de Sodoma, en proporciones que no se habrían podido concebir tan sólo medio siglo atrás. A la drogadicción se añade el alcoholismo, más tradicional, y muchos otros vicios y degradaciones; suman en España unos cinco millones los alcohólicos, y en otros países ocurre algo similar o aun peor.

Estamos moralmente y técnicamente preparados para la tercera guerra mundial, la que no será europea en su base principal, sino que será también americana, asiática, africana. ¿Es que se quiere frenar así en cierto modo el diluvio demográfico?

O somos capaces de andamiar las bases de una revolución de tipo moral, que haga del hombre un hermano del hombre, o se verá la ca-

tástrofe definitiva de una especie que no ha sabido mantenerse ni regirse como especie racional y ha tomado la ruta de la extinción con pena y sin gloria.

¿Qué es la moral?

Se podría formar una nutrida biblioteca con todas las interpretaciones que se han dado acerca del sentido de la moral, de su origen, de su desarrollo. Hay respuestas para todos los gustos y todas las aptencias. Queremos simplificar esas disgresiones e insinuar algunas salidas más espontáneas que las de los devaneos teorizantes.

Nosotros no vemos salida, no vemos soluciones, no vemos supervivencia para la humanidad descarriada más que volviendo a una moral humana que nos acerque los unos a los otros y no nos mantenga a los unos frente a los otros como enemigos, como lobos sedientos de la sangre y la carne ajenas. Pero, previamente, ¿qué es la moral?, ¿qué es la ética?

Para algunos la ley moral viene de lo alto, es de origen divino. Todas las religiones atribuyen a la divinidad las leyes morales, y por eso no puede extrañarnos que en el Irán de Khomeini, con la ley coránica en la mano, se justifiquen, aplaudan o se ensalcen la ejecución de adversarios, su degüello, su tortura mortal.

Nosotros nos hemos criado en un mundo en que el decálogo de Moisés ha tenido primacía a lo largo de los siglos, y contiene recomendaciones y normas de las que no queremos alejarnos, de las que hemos procurado desde la infancia misma no alejarnos: Ama a tu prójimo como a ti mismo; no hagas a los demás lo que no quieres que los demás hagan contigo.

La antigua ley que aplicaba esta norma: Ojo por ojo, diente por diente, fue superada por el decálogo mosaico, aunque sólo lo haya sido teóricamente. De todos modos, por la experiencia práctica de todos los días, en nuestro mundo hemos estado ligados sin coacción alguna a lo que tiende a hacer del hombre un hermano del hombre.

Aun tomando sólo lo que la historia ha registrado en los últimos dos milenios, no hemos tenido sino muy escasos momentos de paz, sin guerras, sin matanzas, sin exterminios. El decálogo mosaico no se ha cumplido y sin embargo queda en pie en lo esencial como una norma de conducta, como una aspiración a la igualdad, a la fraternidad. Sin un basamento de esa jerarquía no se concibe la convivencia, y sin esa convivencia no hay vida sana, digna y justa. ¿Que esas leyes morales son de origen divino? Pues por eso mismo los creyentes deberían ser

los primeros en aplicarlas y en vivirlas y respetarlas más estrictamente.

Podría sostenerse con rica documentación que la moral es una ley biológica que se expresa en todas las manifestaciones de la escala zoológica y no sólo en la esfera del *homo-sapiens*. Un Pedro Kropotkin escribió una de sus obras fundamentales sobre el apoyo mutuo, sobre la solidaridad, sobre la vida común en todas las esferas. Y hasta aquí, sólo parece haber roto, conscientemente, esas normas biológicas el hombre, el único ser que se considera un ser racional, un ser dotado de razón y de inteligencia.

Se ha divulgado y comentado, por ejemplo, la furia y la abnegación de la leona en la defensa de su cría en peligro; y como la mujer madre suele manifestar ese mismo furor en defensa de sus hijos en peligro, se dice de ella que defiende a su cría como una leona. ¿Como si esa condición admirable fuera antes animal que humana!

Se da por sentado, por indiscutible, que en el ambiente familiar hay vínculos que no se quebrantan fácilmente en situaciones normales; una familia es una comunidad unida por el parentesco, por el interés de unos miembros de la misma por los otros, por la confianza entre ellos, por el apoyo mutuo, por la solidaridad y la fraternidad.

Si ese mismo clima moral se extiende de modo espontáneo a la aldea, o a las aldeas próximas, se comprende que no habría más que beneficios si el nexo familiar se extendiese a la aldea entera, a las vecinas, a los habitantes de los centros poblados más allá de lo que puede alcanzar la vista; y mejor aún si se aplica a todo lo ancho y lo largo de la región, por razones de defensa o por los beneficios de la ayuda mutua y de la solidaridad.

Con los progresos de la cultura, con la presencia de intereses comunes, de la región se puede pasar a la comunidad mayor, la llamada nacionalidad, a las nacionalidades próximas y a las lejanas. Las diferencias de lenguas, de color de la piel, proximidad o lejanía en el mundo planetario en que hemos entrado, no son trabas para la amistad y la ayuda mutua y la conformación de la humanidad entera como una vasta familia. Y a eso puede llegarse con una moral igualitaria, sin distinciones de clases económicas, sin diferencias de ningún matiz.

Los que hemos corrido por el mundo, los que hemos tenido contacto, relación, amistad, con blancos, negros y amarillos, no hemos percibido motivo o traba alguna para el distanciamiento y la hostilidad. Hay seres dignos y fraternos en todos los lugares, y en todos los lugares son posibles los vínculos fraternos. Y si el mundo que hemos creado o contribuido a crear ha de subsistir, tiene que pesar decidida-

mente en él una ética fundamental que permita extender la mano amiga en todas las direcciones.

Hemos tenido, desde la invención de la máquina a vapor y el telar mecánico, por no remontarnos a capítulos más antiguos de la historia, una escisión de un par de siglos entre los hombres del mismo país, consagrados a la producción y a la distribución de bienes, con más hostilidad y enemistad entre ellos que si se tratase de países distintos y enemigos; eran las clases irreconciliables de los ricos y de los pobres; de los que acaparaban la riqueza y el poder para esclavizar, dominar, someter a los desposeídos, a los pobres. El mundo del siglo XIX no reúne condiciones para subsistir en el siglo XX, y el siglo XX no puede sobrevivir estancado en esa escisión ante el próximo siglo XXI, que llama a la puerta con urgencia. O una humanidad unida, solidaria, de ayuda mutua, o ninguna humanidad. No se trata de volver atrás, sino de avanzar hacia una ética fundamentalmente humana, en la que no tengan vigencia la distinción de clases y de partidos con pretensiones hegemónicas, de disociación mortífera. Hay que llegar por todas las vías a la moral de la mano amiga tendida, y desterrar para siempre la mano que empuña el arma homicida.

Un día ya un poco lejano para esta generación de la que formamos parte, Ortega y Gasset anunció el ocaso de las revoluciones. Efectivamente, según las palabras del médico y filósofo Muñoz Soler, «ya no hay revoluciones; lo único que vemos a nuestro alrededor son luchas por el poder y reacciones antagónicas; se condena un sistema porque esclaviza al hombre de una cierta manera, pero se aplaude otro que lo esclaviza de un modo diferente; hay un fracaso de los sistemas, un fracaso de los hombres viejos y un fracaso de los hombres que se dicen «nuevos»; ¿dónde están los nuevos dirigentes sociales que habrán de sacar a las masas de su esclavitud para llevarlas a la tierra prometida de la libertad individual?».

Las motivaciones teóricas o prácticas para promover un cambio político y social no faltaron nunca a través de los siglos y de los milenios; hoy esas motivaciones son más apremiantes y más urgentes que nunca, porque la caída moral del hombre está más generalizada y es más honda que nunca, aunque el registro histórico nos recuerde las más monstruosas desviaciones. Las grandes ciudades hoy existentes, numerosas, absorbentes, han destruido el contacto fraterno de los seres humanos, incluso hasta en la misma vivienda. Se habita durante diez, veinte o cincuenta años en la misma colmena de las megalópolis y no se conoce ni se mantiene trato alguno con un vecino o con otro. En general el

individuo no se siente ligado por nada con el individuo, próximo o lejano, por nada vital. Tal vez haya algún contacto transitorio, efímero, en torno a la adhesión a un deporte cualquiera o a uno de esos héroes del deporte, objeto de idolatría, o a lo sumo por alguna vinculación tradicional para fines políticos, donde esa preocupación es posible. A ciertas horas de la noche no hay seguridad alguna en esas aglomeraciones, y eso no era conocido tan sólo unas generaciones atrás. El recurso a la violencia es un hábito común; no degeneraba sino excepcionalmente en violencia cainésca. Hoy se roba, se asalta y se mata a la víctima, y ese hábito no reconoce fronteras. No hay traba moral alguna; no existe una moral, una ética como la que todavía hemos conocido unas cuantas generaciones atrás. Se extienden vicios de toda naturaleza en una dimensión inimaginable. No hay seguridad para nadie, sea por motivos de apetencias privadas o públicas; la violencia es un credo supremo y se quiere justificar o no se intenta siquiera justificar.

Todavía recordamos la delincuencia común de otros tiempos; la extrema, con violencia y con sangre; pero aquellos delincuentes tenían conciencia de que un asesinato era una acción condenable y procuraban por todos los medios ocultar su desafuero; en la industria moderna del terrorismo, constituye un galardón el asesinato y los ejecutores procuran darse a conocer para que la humanidad los admire, y no ocultan sus estragos y sus proezas.

En esas condiciones, o la humanidad reúne fuerzas para una revolución, para una gran revolución ética, o no cabe la salvación. Dos milenios atrás hubo una revolución moral, la primera que recuerda la historia, y la última, y el gestor de aquel movimiento humano fue castigado con la crucifixión. Se recordaron varios siglos aquellas enseñanzas, aquellas normas de convivencia, pero también aquella revolución acabó por ser semiolvidada y por vivir semioculta. Hoy es urgente volver a ella y se predica, se exalta, se propaga por cada día mayor número, aunque no todavía con la unanimidad que sería necesaria para su aplicación y su predominio. Pero esa revolución moral es el camino, la vía de la resurrección humana, porque lo que hoy más apremia es volver a la condición humana. Esa es la revolución que llama a todas las puertas y hay que esperar que no todas las puertas queden indiferentes, cerradas al llamado. El hombre tiene que ser hermano del hombre, no el lobo de sus semejantes, y ese anhelo vital debe ser la palanca para contener la catástrofe final, el apocalipsis bíblico. O esa gran

revolución ética, o el derrumbe, la desintegración, la anulación de la comunidad humana y del hombre mismo.

Poco antes de morir Erico Malatesta dejó escrito lo siguiente: «Estemos en guardia contra las desviaciones y no olvidemos el criterio fundamental del anarquismo: llegar a la libertad por medio de la libertad».

DIEGO ABAD DE SANTILLAN

Diego Abad de Santillán en Valladolid

Aproximaciones a un mundo mortalmente enfermo.

Revista estudios Filosóficos. Aproximaciones a un mundo mortalmente enfermo (I)

Número: 77 / Volumen 28 / Año 1979 Páginas: 9-2

Aproximaciones a un mundo mortalmente enfermo (II)

Número: 79 / Volumen 28 / Año 1979 Páginas: 473-492

Agradecimientos Sixto J. Castro. Director de Estudios Filosóficos y José Antonio Lobo. Secretaria Técnica de ACCIÓN VERAPAZ **Aproximaciones a un mundo mortalmente enfermo.**

Agradecimientos Sixto J. Castro. Director de Estudios Filosóficos y José Antonio Lobo. Secretaria Técnica de ACCIÓN VERAPAZ



memorialibertaria.org

valladolid@memorialibertaria.org **valladolid**